

### Reformismo gradualista\*

Tiene particular interés comentar un libro que fue preparado conjuntamente por la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) y el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, para la difunta Alianza para el Progreso y los programas de cooperación técnica, así como con dedicatoria especial, al clasificarla como Biblioteca de Economía, a los funcionarios, maestros y estudiantes del Tercer Mundo.

Se trata de una exposición pretendidamente renovadora de las concepciones políticas que el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América está interesado en difundir y de una nueva variante de la economía burguesa —que lamentablemente sigue imperando en nuestros centros de estudio— la que, contan-

do con los recursos del imperialismo, contiene abundantes elementos para revisar las tácticas de crecimiento económico (que no estrategia de desarrollo) aplicadas en los programas de ayuda exterior de los EUA. En efecto, los autores dedican una buena parte de su esfuerzo a demostrar la inoperancia de los programas de ayuda norteamericanos, denunciando sus aspectos más grotescos y proponiendo formas más elaboradas; se propone que para promover “*el desarrollo de bases firmes*” —rompiendo con el brutal reaccionarismo tradicional de los planes de «ayuda», se haga a través de un proceso de reformas graduales!

El aspecto que más destaca sin duda, es la preocupación que tienen los autores por enmendar el evidente rechazo del pueblo a los

\* Edgar Owens, Robert Shaw, RECONSIDERACIÓN DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO, Ediciones Marymar, México-Argentina, 1974, 257 pp.

“planes de desarrollo” de los gobiernos que tienen una relativa base popular, y sin recato recetan que “aunque participación no es sinónimo de gobierno democrático. La participación, incluyendo el sentido de pertenecer es la característica distintiva de los gobiernos en vías de modernización. Precisamente porque la masa del pueblo ha sido «víctima» más que «beneficiaria» de la política, los gobiernos autoritarios con espíritu de modernización pueden tener éxito... Quizá la mejor medida de la significación de la participación y descentralización, desde el punto de vista de los pobres, sea la capacidad de los gobiernos autoritarios con espíritu de modernización —reveladoramente ponen como ejemplos a Taiwán, Corea del Sur, Puerto Rico— no simplemente para mantenerse en el poder, sino también para originar cierto grado de apoyo popular”. (pp. 30-31) Y, lógicamente, prescriben medidas reformistas, elaboradas con sumo cuidado, que aborda todos los cambios imprescindibles para... mantener inalterable la situación. Es decir, para que los gobiernos, naturalmente burgueses, se consoliden en el poder, para que los pueblos crean que participan en las decisiones de gobierno “lo que hay que destacar es que la población —dicen— debe creer que cuenta con algún recurso contra los actos... de los funcionarios del gobierno central con los que no está de acuerdo” (p. 46); para reforzar los mecanismos de control sobre las masas de trabajadores plantean controles verti-

cales, partido único, pero, por supuesto, que el pueblo crea que no existen; y en lo que se refiere a la relación entre países ricos y países pobres, para que se profundice la penetración imperialista recetan programas de ayuda y «alpros» que necesariamente se complementan con los programas de asistencia técnica, militar y de otra índole.

Cabe hacer mención que, por el tratamiento reaccionario que hacen, a los autores no les parece satisfactorio el grado de «estabilidad» y «crecimiento» que en México ha logrado la burguesía, sobre todo en lo relativo a su política agraria, con la que, por otro lado y desde una perspectiva radical, tampoco están de acuerdo las masas de explotados del campo. En todo caso resulta explicable, ya que esos autores tienen en su «mira» los casos «exitosos» ya mencionados: Taiwán, Corea del Sur, Puerto Rico.

En este extraño y sospechoso marco el juicio de Owen Shaw sobre los sistemas y relaciones de los países capitalistas es esencialmente ideológica, apologética y especulativa. A lo más que llegan es a caracterizar al Tercer Mundo como un conjunto de países pobres y atrasados que se debaten en un supuesto sistema dual, compuesto por elementos de modernidad y elementos tradicionales, en donde hay élites privilegiadas —que naturalmente incluyen a los obreros especializados— y minorías dirigentes, y donde los pueblos son esencialmente necios e incapaces: “nunca se aclaró en el DCT (programas para el Des-

arrollo de las Comunidades Tradicionales), afirman los autores, cómo ni cuándo alguien... decidiría que los pobres habían aprendido a identificar sus propias necesidades y podían en consecuencia recibir el poder de tomar decisiones”. (p. 51).

Por supuesto, en ninguna de las 257 páginas del libro se encuentra una mención del capitalismo, ni de la explotación, ni de la dependencia, ni de la penetración imperialista, ni mucho menos de la lucha de clases. Pero a cambio toda la bibliografía —toda en inglés— es de autores de las grandes metrópolis, ya sea originarios, o «aclimatados», o voceros de las burguesías del Tercer Mundo.

Resulta claro que el objetivo del trabajo y la preocupación central de estos organismos, es proponer alternativas y fórmulas —inútiles a fin de cuentas— para enfrentar la inevitable revolución socialista. Y en este sentido resulta significativa la ausencia, en el trabajo, de la victoriosa y cada vez más presente revolución cubana en el marco latinoamericano.

No faltan frases en el libro, como algunas de las citadas, que nos recuerdan a ciertos ideólogos de la Alemania de las décadas de los veinte, treinta y principios de los cuarenta, que tantos discípulos han tenido en estas latitudes. Si se sintiera que es injusta la crítica a quienes proponen «cambios» y «formas de suavizar» la brutal presencia de la explotación nativa y extranjera en nuestros países, y si existieran dudas sobre el carácter reaccionario —facistoide o facistizante— de este trabajo, baste reproducir un planteamiento más de los autores: “los países en vías de modernización no han utilizado al DCT (Desarrollo de las Comunidades Tradicionales) como programas de desarrollo local. Aun así, al mismo tiempo que el DCT declinaba en casi todo el Tercer Mundo, Estados Unidos comenzaba a patrocinar el programa más generoso de las dos últimas décadas... en Vietnam del Sur, donde se le ha llamado Desarrollo Revolucionario, Pacificación y Autodesarrollo Aldeano”. (p. 40) ALFONSO HERRERO RECAMIER.